

El enigma del vértigo

Poesía y fin de siglo

3

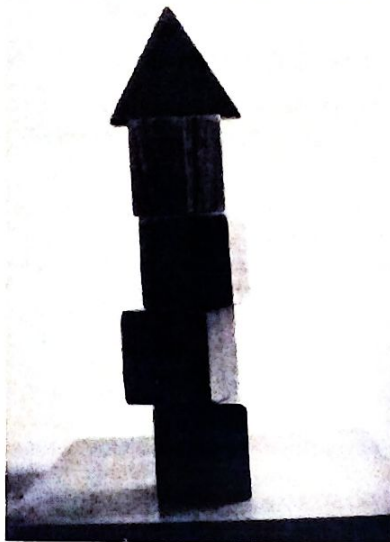
En una centuria marcada por el crecimiento de las masas, la exacerbación de la razón instrumental, el culto a la tecnología, la teologización del mercado total y la informatización de un logos cada vez más tangencial a las potencias del monólogo interior y del diálogo con los otros, la poesía ha persistido en su identidad de discurso periférico. En este siglo -como en los precedentes- su misión no fue la de gestar ni justificar los órdenes históricos, más bien cumplió la delicada misión de iluminar las búsquedas del hombre y de explorar los meandros del ser y la cultura. Cercana a los afanes de la existencia y el sentido de libertad, mantuvo un diálogo más íntimo con la vida. De ahí su sigilosa distancia con respecto a la prosa que, por el contrario, fue más proclive a justificar desde cierto status escritural a los macrodiscursos históricos y a los aparatos de poder, con la excepción de narradores esenciales como Kafka, Beckett y el propio Lezama Lima, entre otros más. La poesía, así fue gestora de un contradiscurso y una mirada alternativa capaz de enriquecer ese nombrar incesante que también somos.

No fue menos indiferente a un intenso viaje a sí misma. El desnudamiento y la transgresión creativa del lenguaje estuvieron presentes en los más altos poetas. Mallarmé nos legó esta enseñanza en el siglo precedente, la continuaron Gironde, e Hinostraza, por citar dos poetas cercanos. Aunque con frecuencia Occidente hizo de esta búsqueda una tautología, una manipulación de palabras pretendiendo convertir al poeta en técnico, por la brecha silenciosa de los signos unos cuantos vates continuaron esa ardua faena: el develamiento de nuevos mundos, lo que implica además el develamiento de nuevos lenguajes. Como apunta Milán Kundera, la escritura de este siglo no fue aburrida. Las fronteras entre los poderes de la palabra y la ambigüedad de la realidad como nunca se pusieron en entredicho; lógica consecuencia, la búsqueda de nuevos sentidos de la poiesis: palabrear el envés del silencio, encarnar el teatro de voces de la urbe, jugarse el deja-vú del nombrar, acceder a la microfísica de lo indecible.

Los buenos poetas de este siglo apostaron, además, por la inteligencia. No fueron proclives al show de la intimidad, ni al carrusel de fantasmas de su crianza. Escamoteando inclusive el propio yo -¿quién fue Pessoa?, ¿en qué fragmentos aún pervive Michaux?-, jugaron con las utopías literarias de doblar el mundo, inventarlo, meterle el dedo e, inclusive, negarlo: un poco la historia de la filosofía desde la lámpara de arcilla del poeta.

Más allá de la retórica vacua, continúan haciendo de la palabra una vía de autoconocimiento y un instrumento de crítica al mundo y a su propia obra.

La poesía, signada por la urgencia, apostó también por el presente. Trascendiendo el diferimiento históri-



co para consagrar el aquí y el ahora como certeza intransferible. El asombro poético como la cópula, entraña su propio reino de consagración del instante. Es cierto que se extravió y que aún se extravía a menudo. Buena parte de la poesía actual se halla marcada por la distemporalidad, por el amasijo de tiempos producto de la fragmentación y el alto grado de entropía en que vivimos al finalizar el milenio. En esa dialéctica, entre la germinación del instante y el ciclorama frenético, discurre el poeta.

Si hubo un siglo colmado de búsquedas estéticas, ése fue el siglo XX. Primitivistas, neos y bruts coexistieron

con el antiarte y la transestética postmoderna. La poesía apostó también por la forma. Y, es más, jugó golosamente con ella. No pocas veces se coaguló en el gesto, abrió la boca pintarrajeada para decir nada. Giró como los cohetes de la fiesta, pero al final quedó humo y noche. La poesía, como la vida, también está hecha de veleidades y caídas. De ahí es que no sea previsible el rostro en un futuro inmediato para ella; entre los poetas que quedaron presos de poesía -Mallarmé dixit, y los coloquialistas-, algo seguramente sucede, nos lo dirá el salto mortal de la imaginación, madre de todos los quicios.

Vértigos y enigmas, mandalas y fulguraciones, infierno y arabescos continúan siendo el empedrado por el que discurre la poesía. Junto a la perplejidad de los cuánticos, la danza sicalíptica de los nuevos lenguajes y las turbulencias del poder, caminan las sandalias del poeta. Hoy, como ayer, musitando con Alejandra: Hablo en fácil hablo en difícil/ sabiendo que no se trata de eso/ siempre no se trata de eso/ oh ayúdame a escribir el poema más prescindible/ el que no sirva para / ser inservible/ ayúdame a escribir palabras/ en esta noche en este mundo.

Edwin Guzmán Ortiz 1953.
Poeta orureño

	el mundo SUPLEMENTO DE LA CULTURA ORUREÑA
	DIRECTOR: Luis Urquieta Mollada CONSEJO EDITOR: Alberto Guerra Gutiérrez Edwin Guzmán Ortiz Benjamín Chávez Camacho Erasmo Zarzuela C.
	COORDINACION: Julla Guadalupe García Ortega.
Casilla 448. Telfs. 54855 - 76816	
Zona Franca Oruro, con nuestra cultura	